

La enseñanza de la Filosofía en la Universidad

LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA COMO INICIACIÓN EN EL FILOSOFAR

MIGUEL CRUZ HERNANDEZ

1. EL PROBLEMA DE LA INICIACIÓN EN LA FILOSOFÍA

El presente Plan de Estudios de la Licenciatura en Filosofía y Letras incluye, dentro del período de Estudios Comunes, dos cursos que llevan el nombre común de *Fundamentos de Filosofía e historia de los sistemas filosóficos*, y que, suponemos, pretenden realizar una iniciación en la Filosofía. Este título es el que ha venido a sustituir al más ambicioso de *Introducción a la Filosofía*, por no remontarnos a épocas más lejanas. El título *Introducción a la Filosofía* era hartamente equívoco, ya que, en primer lugar, ¿qué quiere decir en español *Introducción a la Filosofía*? Puede significar, por lo pronto, dos cosas totalmente diferentes: de un lado, un pórtico que se le va a construir a la Filosofía; de otro, una entrada dentro de la Filosofía. Lo primero sería gramaticalmente correcto, pero entrañaría una concepción predeterminada de lo que fuera la Filosofía; más aún: presupone ya su existencia, por lo menos. El pórtico, el atrio, es la entrada a algo; y si, como en este caso de la iniciación, se presupone desconocer ese algo, es absurdo que empecemos levantándole un pórtico. Además, aun suponiendo que se le conociera, aunque sólo fuera superficialmente, hay muchas cosas que pueden ser pórtico de la Filosofía: por ejemplo: la religión, la ciencia, la cultura, la misma vida, si se nos aprieta mucho. Y ¿quién nos dice, también, que la Filosofía ne-

cesite de ese pórtico y no sea preciso, por el contrario, entrar de plano en su mismo centro, como dejado caer con paracaídas? Si, por otra parte, nos fijamos en los manuales y cursos que llevan y han llevado este rótulo, ninguno de ellos lo ha entendido en este sentido; por el contrario, sus desarrollos y los temas esenciales de que se ocupan son esencialmente filosóficos, y no prefilosóficos. No es esto, pues, lo que quiere decir ese título. Pero si se entiende en el otro sentido, la frase es gramaticalmente horrenda; sería una malísima traducción del francés. En latín se dice "Introductio in philosophiam"; en alemán —de donde procede este título—, "Einleitung" o "Einführung in die Philosophie"; en inglés, "An Introduction to philosophy"; en francés, "Introduction à la philosophie". Ninguna de las preposiciones usadas en estas frases pueden ser correctamente traducidas por la castellana *a*; todas ellas se corresponden con nuestra proposición *en*.

Aun dejando aparte este error gramatical, y llamándola desde ahora "Introducción *en* la Filosofía", que es lo correcto, tampoco este nuevo título deja de ser equívoco y pretencioso. Basta con leerse los sumarios de todas las obras de este título; bajo él se quiere incluir *toda* la Filosofía, y a veces con toda su historia. Pero aun esta pretensión exhaustiva sería perdonable si no se encerrase dentro un contrabando tendencioso y partidista. Casi ninguna de estas obras cumplen exactamente su título. "Introducción en la Filosofía" tiene un artículo que indica que se trata de abrirse camino en la Filosofía en general; pero todos se limitan a introducir en *una* Filosofía determinada. Pero, podríamos argumentar, ¿acaso en la elección de los fundamentos no hay también un fraude inicial? ¿No resultará, a la postre, el título "Fundamentos de Filosofía" una estafa, y no pasarán de ser unos fundamentos de *una* Filosofía y no de toda ella? Indudablemente en muchos casos así es. Hay un acervo de cuestiones comunes que pueden ser propedéuticas de cualquier tipo de Filosofía. En cambio, es imposible hacer un riguroso análisis original introductorio en cualquier tema, pues se

Don MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ es catedrático de *Fundamentos de Filosofía e Historia de los Sistemas filosóficos en la Universidad de Salamanca*. Es especialista en temas de *Filosofía musulmana*, realizando su tesis doctoral, ya publicada, sobre "La Metafísica de Avicena". Ha escrito numerosos trabajos sobre *Historia de la Filosofía*, especialmente sobre el problema de la intencionalidad, y estudios sobre *didáctica y pedagogía universitarias*. Es también profesor en la *Universidad Pontificia de Salamanca*.

precisaría de un auditorio *in albis*, cosa inimaginable, y unos conocimientos extensísimos y exhaustivos; so pena de reducirse a una descripción fenomenológica y resignarse a no interpretar los hechos analizados. Puede ocurrir, incluso, que lo que nosotros presentemos como "problema" no lo sea para quienes nos lean o nos escuchen. Incluso podemos estar "invitando" a un manjar —la Filosofía— que no despierte el menor apetito entre nuestros lectores y oyentes.

2. LOS DISTINTOS MODOS DE INICIACIÓN EN LA FILOSOFÍA

"Una introducción a la Filosofía —decía Zubiri—, o no es nada, o es pura filosofía" (1). Con este criterio podríamos dividir los tratados de introducción en la Filosofía en dos grandes grupos: primero, los que se limitan a una explicación cuasi terminológica, propedéutica, sobre cuestiones lógicas y epistemológicas, división de la Filosofía y pequeñas síntesis históricas; entre ellas se incluyen la mayor parte de los manuales escolásticos. Segundo, los que bajo la introducción ocultan un sistema dogmático sintetizado, cuyo desarrollo celan más o menos cuidadosamente; en este grupo entran la mayor parte de las tituladas introducciones. Este segundo gran grupo podemos dividirlo, a su vez, en otros dos. Para algunos autores lo más oportuno consiste en dar una serie de problemas con sus correspondientes soluciones, de acuerdo con los peculiares puntos de vistas del autor o de su escuela. A este grupo le podríamos llamar *tendencioso*; a él pertenecen, entre otros, los manuales de Suabedissen, Erhardt, Noack, Herbart, Arnoldt, Windelband, Paulsen, Richter, Ruge, Cornelius, Dorner, Drews, Müller, Rosmini, De Bella, Maturi, Tiberghien, Faucou, Janet, Marvin, Fullerton, James, etcétera. Para otros autores, por el contrario, la misión de una introducción en la Filosofía rebasa el círculo mismo de las convicciones personales para llevar hasta la comprensión de la totalidad del proceso filosófico. Esta es la orientación, por ejemplo, de una de las primeras obras de este título: la *Introducción en la Filosofía*, de Johan Georg Walch (1727), y la de los manuales de Brieglebs, Heydenreich, Külpe-Messer, Jerusalem, Reichlin-Meldegg, Strümpell, Wundt, Strube, etc.

En todos estos grupos podemos introducir nuevas divisiones. Estas fueron estudiadas, con sumo detalle, por José Gaos en un curso sobre "Lógica y didáctica de las ciencias del espíritu", profesado en la Universidad de Madrid en el bienio 1934-35. La clasificación de Gaos

es exhaustiva, y Julián Marias (2) la ha resumido en tres grandes grupos: introducciones sistemáticas, históricas y circunstanciales. Las primeras se proponen la exposición, más o menos concisa, de los problemas filosóficos y sus soluciones; a ellas pertenecen las de Suabedissen, Erhardt, Noack, Beck, Herbart, Arnoldt, Windelband, Paulsen, Richter, Ruge, Dorner, Drews, Müller, Rosmini, De Bella, Maturi, Tiberghien, Faucou, Janet, Marvin, Fullerton, James, Heydenreich, Külpe, Messer, Jerusalem, Joad, etc. Su defecto esencial consiste —aparte del peligro de introducir en una Filosofía, y no en la Filosofía— en que no muestran cómo y cuando surgen los problemas filosóficos. Un problema filosófico no es tal si no se nos presenta, esto es, si no necesitamos entenderlo y desmontar su problematicidad. El conjunto de cosas que un hombre ignora es hoy realmente asombroso; por ejemplo: la mayoría de los hombres desconocen hoy los misterios de la vida atómica, celular, psíquica, etc., por sólo citar ejemplos que nos atañen esencialmente; sin embargo, para la mayoría de los seres humanos no son problemas. En cambio, lo son la escasez o alto precio de ciertas materias y objetos indispensables. ¿Y por qué?; simplemente porque nos agobian y urge salir de esta situación. Si le decimos a un no filósofo que el problema del ser debe ser resuelto inmediatamente, sin nada más, nos dirá: "Bien, allá ustedes; pero a mí me tiene sin cuidado". Hay que suponer que esto hubiera ocurrido con todos los problemas si en un momento dado no hubiese brotado, por lo que fuera, su problematicidad. Por lo tanto, la situación que conduce al planteamiento de un problema confluye en la esencia de éste; y una exposición de la problemática filosófica, que prescindiera en absoluto de la situación histórica que conduce a los problemas, es radicalmente incompleta. Por eso un segundo grupo de introducciones en la Filosofía son parcial o predominantemente históricas, como las de Cornelius, Walch, Brieglebs, Reichlin, Meldegg, Strümpell, Wundt, Strube, Maritain, Jaspers, Morente y muchas más.

La historicidad de estas introducciones es muy distinta. En primer lugar, lo que varía no es la solución, sino los problemas mismos. Así, lo que significa *ser*, que para un griego quiere decir *estar-ahí*, y para un cristiano *lo opuesto a la nada*. Además, los problemas, a veces, "están adscritos de un modo aún más preciso a una circunstancia histórica, y ni siquiera con ese margen de ambigüedad se plantean —como tales problemas— fuera de ella; por supuesto, en el sentido de que hay problemas nuevos que se plantean sólo desde cierto

(1) Xavier Zubiri: "Sobre el problema de la Filosofía", publicado en *Revista de Occidente*, núm. 115, año XI, 1933, pág. 56.

(2) Julián Marias: *Introducción a la Filosofía*, Madrid, 1947, pág. 15. (Cfr. también José Gaos: *Antología filosófica* (Filosofía griega), México, 1941, pág. 3 y siguientes, donde se refiere, además, a un trabajo suyo, *La iniciación en la Filosofía*, no publicado.

momento —piénsese en el de la creación, en el de la realidad del mundo exterior, en el de los valores y tantos más; en rigor, *todos*—; pero también en el sentido de que hay problemas que *dejan de serlo*, y no precisamente por haber logrado una “solución” definitiva, sino porque, aun permaneciendo la ignorancia o la discordia respecto a sus contenidos, éstos dejan de presentarse al hombre como *problemáticos* desde el momento en que no necesita saber a qué atenerse acerca de ellos para vivir en su propia situación” (3). Esta “historicidad” de los problemas filosóficos ha hecho que los autores se inclinen a buscar una “forma histórica” a la entrada en la Filosofía. Indudablemente, si creyésemos que la Filosofía es simplemente historia, sólo ésta podrá ser su introducción. Pero aun sin caer en tal extremo, en tanto que la Filosofía *tiene* historia, nada mejor que recurrir a ella para fundamentarnos en su saber. Si la Filosofía se considera, no como un *factum*, sino como un *faciendum*, como un acontecer, su historia nos mostrará la *razón* de este suceder, y descubriéndonos las causas de la situación actual, nos implantará en ella.

Ahora bien: esto puede entenderse en dos sentidos. De un lado, que sea preciso o conveniente dar una introducción histórica a la Filosofía; de otro, que la única fundamentación posible en la Filosofía sea su historia. El primer camino es el seguido, y por cierto admirablemente, por Wundt, sobre todo, y también por los restantes autores de este grupo, desde Walch a Maritain. Estas introducciones utilizan la historia a manera de palanca y con la mayor concisión posible. Por ejemplo, Maritain se detiene en Santo Tomás. Lo que se pretende es quintaesenciar del desarrollo histórico de la Filosofía los puntos esenciales. Pero esto no es, rigurosamente hablando, hacer historia de la Filosofía; es, simplemente, un modo legítimo y hasta necesario de buscar la entrada en la esencia de la Filosofía por medio de sucesivas precisiones sacadas de su historia. El segundo camino, por el contrario, quiere reducir la iniciación a la simple “Historia de la Filosofía”. La posición es demasiado extrema; así lo declara explícitamente, por ejemplo, Julián Marías. “La historia de la Filosofía —dice—, que es absolutamente *necesaria*, no es *suficiente*; es el primer paso, el supuesto previo de la efectiva introducción” (4). Sin embargo, esta absoluta “necesidad previa” de la historia de la Filosofía puede ser aún exagerada; no por lo que tiene de *necesidad*, sino por lo de *previa*. El conocimiento previo de la historia de la Filosofía es absolutamente necesario para el *iniciador*, y de aquí se parte para creer que también lo sería para el *iniciando*; cuando en realidad para este último es incomprensible la historia de la Filosofía sin un concepto elemental

del saber filosófico. Por esto, una entrada en la Filosofía debe ser histórica; pero no puede ser una simple historia de la Filosofía. Lo que se pretende es, simplemente, iniciar en la Filosofía, y colocar al hombre en una situación tal que desde ella, si siente su llamada, pueda proseguir por certero camino la especulación filosófica.

Esto último viene a hablarnos de que toda entrada en la Filosofía ha de ser *circunstancial*; por esto indicaba también antes la existencia de un grupo de introducciones en la Filosofía así llamado. A él pertenecen, entre otras muchas obras, los manuales escolásticos, y las de Maritain, Durant, Masnovo, Varisco, Russell, Baker, Cohn, Comellas, Zaragüeta, Muñoz Alonso, Marías, Jaspers, etc. Pero en este sentido tan amplio resultaría ser una introducción en la Filosofía cualquier libro filosófico si despertaba la vocación. Lo habría sido el *Hortensio*, de Cicerón, respecto de San Agustín; lo son muchas —la mayoría— de las obras filosóficas. Más aún: puede ser que muchos hombres hayan despertado a la Filosofía por causas no filosóficas. Por ejemplo: la Teología, la Ciencia y el Arte han llevado a la Filosofía a gran número de sus más perspicaces pensadores. En este sentido sería la simple *vida* la mejor “introdutora”. Pero también se ha entendido la “circunstancialidad” de la entrada en la Filosofía de otro modo. Para Julián Marías, esta “circunstancialidad” consiste en que toda introducción se hace desde una situación determinada y para un tipo concreto de hombre. Otro hombre que no estuviese situado en nuestra circunstancia histórica y vital no podría utilizar, en ese caso, por ejemplo, el libro de Marías, porque sólo entendería una parte de él; hay una serie de cosas que ese libro dice “para nosotros”, pero que dentro de un número más o menos grande de años ya no las dirá; son esas cosas que se leen *entre líneas*. El lector futuro habrá de reconstruir “nuestra circunstancia” si quiere comprender ese libro.

3. LA INICIACIÓN HISTÓRICA EN LA FILOSOFÍA

El análisis de las *introducciones en la Filosofía* y de los *fundamentos* nos descubren las características de la iniciación en la Filosofía: 1.º La existencia de un pequeño número de cuestiones comunes que pueden ser propedéuticas de cualquier tipo de Filosofía, pero que permiten —sin una Filosofía previamente supuesta— una iniciación suficiente. 2.º La necesidad de contar con las “circunstancias” y el entorno de la situación del que se inicia en la Filosofía; y 3.º La necesidad de que los elementos primordiales de la historia de la Filosofía formen parte de esta iniciación. Si partimos de la inevitable realidad de que los iniciandos en

(3) Julián Marías: ob. cit., ed. cit., pág. 67.

(4) *Idem*, *id.*, pág. 8.

la Filosofía que recibimos en la Universidad vienen en su casi absoluta totalidad, o bien vírgenes en Filosofía, que es lo menos malo, o bien prevenidos contra ella, porque se les ha sumergido de lleno en cuestiones incomprensibles, o bien con conceptos erróneos, porque se les ha iniciado por medio de textos anacrónicos, absurdos y llenos de fáciles adjetivos (recuerdo haber leído un texto que califica de "panteístas" a las tres cuartas partes de los pensadores que cita); y agreguemos a esto que de los alumnos que pasan por Estudios Comunes sólo un 5 por 100 siguen luego la Sección de Filosofía, veremos que se hace inevitable reducir todo lo más posible la problemática filosófica abstracta, tocar tan sólo los temas capitales y cargar la mano en los elementos circunstanciales e históricos. Por otra parte, un mínimo de consideración científica a los que profesamos estas materias en Estudios Comunes debería obligar al legislador a dejar un margen de libertad al catedrático. Si no queremos que el catedrático se reduzca a un repetidor de "discos" manidos, o que "fabrique" un texto o unos apuntes que se aprendan los iniciandos, hay que dejarle margen suficiente para que realice una verdadera labor, orientadora para los alumnos, creadora para su obra. De aquí que las lecciones de propedéutica filosófica —sobre el sentido, concepto, límites, método, esencia y aspectos y temas axiales de la Filosofía— deben reducirse a un núcleo lo más escueto posible; personalmente lo reduzco a unos doce temas, que apenas me ocupan el primer trimestre.

La historia de la Filosofía, por el contrario, viene después a ampliar el panorama del esfuerzo filosófico del hombre, la entrada en la más profunda comunión con todo el saber racional, la comprensión —por medio de la simpatía espiritual, característica de la expresión histórica— de todas las perspectivas y de todas las ideas, por dispares y alejadas que estén de la nuestra, sin necesidad de violentar nuestro pensar y creer. Sólo cuando ambas labores, la propedéutica y la histórica, se hayan realizado se empieza a estar de cara a la Filosofía. Esta, ni puede reducirse a su historia, ni es tampoco algo que esté más acá o más allá de la historia; de aquí su necesidad. Ahora bien, me refiero a una historia de la Filosofía de veras, no a esos repertorios, más o menos cronológicos, de vidas, obras y opiniones de filósofos, tomados de tercera o cuarta mano, sin unidad interna, sin saber histórico y sin técnica filológica. Por desgracia, estos manuales —y estos apuntes— abundan muchísimo, y en ellos se sigue hablando del "panteísmo" de Parménides; se expone Aristóteles como si Jaeger, y ahora Zürcher, no hubiese escrito una línea; se trata a los pensadores musulmanes, sin molestarse en mirar la amplia bibliografía que ya tenemos en lenguas modernas; se expone a Santo Tomás al gusto de Juan Santo Tomás, o al de Manser, que es peor; se condena *a priori* a Escoto y

Suárez (o se les hace decir lo que nunca dijeron); se refuta a Descartes y a Kant con argumentos pretendidamente aristotélicos, etcétera, etc. En resumen: se expone la historia de la Filosofía sin haber saludado los textos originales, ni la bibliografía más reciente; y al que intenta hacerlo se le moteja de "historiador". Y todo ello, simplemente, porque cuesta menos trabajo zurcir "refritos" que investigar esos puntos de fricción, clave del sentido de la historia de la Filosofía, para los cuales hay que aprender lenguas difíciles, bucear en manuscritos, confrontar textos originales y aprender muchos saberes instrumentales; todo ello para conseguir luego menguados artículos de una docena de páginas, que, por lo demás, no se molestan en leer ni entender.

La historia, sin embargo, ha sido siempre —rectamente entendida— una de las grandes preocupaciones de la humanidad; lentamente, durante muchos siglos, el hombre ha ido cobrando conciencia de su eficacia y de su profundo sentido. De su vida misma brota la más alta lección para nuestro espíritu, y de ella se destila quintaesenciado aroma, su perfil conceptual más riguroso. Frente a la naturaleza, el hombre ha distinguido el flujo íntimo de la vida humana. Sobre su esencia, y en torno a la espiral de su existencia, se ha explicitado sobre la naturaleza el modo de ser de la historia. Esta —en cuanto ciencia— actúa sobre elementos problemáticos que tiene que reducir a norma racional y recatada estructura. La historia, por tanto, no puede reducirse a un saber acerca de lo que "conocemos" de una labor anterior, sino precisamente de lo que ignoramos. En realidad, el hombre posee el privilegio más grande que Dios le ha dado a las criaturas: la facultad de poder hacerse su vida; razonamos, precisamente, para continuar viviendo. Por esto la historia tiene siempre a su base, si auténticamente lo es, estos ignorados motivos fundamentales que llevaron al hombre a pensar tales cosas para poder seguir viviendo. Me refiero, naturalmente, a seguir viviendo humanamente; no a vegetar. El hombre —decía Santo Tomás— tiene el bicéfalo privilegio de "agere et facere"; crea primero dentro de sí, y realiza después fuera de sí mismo; concibe ideas y proyecta actuaciones, que luego realiza a la clara luz del mundo exterior. La creación de estos nuevos "órdenes espirituales" se hace bajo el patrón de una "recta ratio agibilium", que proyecta ampliada sobre el mundo una "recta ratio factibilium". La historia —y también la del espíritu y, concretamente, la de la Filosofía— es espíritu concretizado y realizado en el tiempo. El hombre, que como ser racional —imagen y semejanza de Dios— participa de la Razón Eterna increada que rige desde siempre el orden del mundo, como ser libre participa de la Voluntad Omnipotencia y Eterna. Por esto la aportación de todo hombre a la historia tiene su trascendencia. Aun cuando la aportación que pueda llevar

cada uno al edificio del conocimiento sea pequeña en comparación con la magnitud del todo —dice Santo Tomás—, sin embargo, merced a la reunión, a la selección y a la articulación de todas esas contribuciones ha de resultar algo muy grande. Esto puede observarse en cada una de las artes que, gracias a los estudios y al talento de los diferentes hombres, han logrado un admirable desarrollo (5).

Por esto la historia de la Filosofía, tras los intentos gigantes, pero fallidos, de Hegel y Comte, tiene que renunciar a ese proyecto fabuloso de un sistema único y total, para tratar de esclarecer, por medio del gigantesco aparato crítico positivo, los puntos particulares, que son las claves y basamentos de la historia de la Filosofía. Esta se circunscribe a un período, o a un pensador, y aún a un punto acotado; el método filológico se hace universal. Para el filólogo, lo esencial es la naturaleza y estado de las fuentes; la investigación filológica acarrea, en primer lugar, un descubrimiento excepcional de nuevos materiales; en segundo lugar, sometiendo tanto estos nuevos materiales como los anteriores a rigurosa crítica, establece su autenticidad, cronología y significación; en tercer lugar, la riqueza o pobreza de materiales y el carácter mismo de las fuentes condicionan los métodos de investigación; y en cuarto lugar, las conclusiones a que se llegan por este método son siempre provisionales y están sujetas a constante revisión, en tanto que la investigación filológica no puede ser nunca definitiva.

El triunfo del método filológico viene a indicarnos algo más, y es la revalorización de lo individual frente al sistema. A Hegel y a Comte lo que les importaba era "la Filosofía", y nunca los filósofos; éstos, por geniales que sean, eran una concretización de algo impersonal y colectivo. La historia de la Filosofía evoluciona como una historia total; pero la busca de fuentes y los estudios monográficos acaban por coincidir en el individuo concreto y determinado. El dato es algo personal, individual, que sirve para un pensador concreto, y no para otro más. Para un sistema "prefabricado" da lo mismo el libro *a* de la *Metafísica* aristotélica sea de Aristóteles o de uno de sus discípulos; pero la evolución del pensamiento aristotélico es esencial para comprender la filosofía del individuo concreto Aristóteles.

4. HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Pero, además, un esquema organizado de la historia de la Filosofía es absolutamente necesario. El filólogo se pierde a menudo en la busca exhaustiva de influencias y fuentes; los

pensadores más agudos parecen a sus ojos como simples zurcidores geniales de los más remotos fragmentos. El crítico sólo ve, por el contrario, peculiaridades y diferencias. El punto de vista se limita cada vez más: el técnico se reduce de día en día a perspectivas más limitadas. El historiador teme ser poco profundo cuando intenta ser extenso. El propio Windelband (6) ha indicado la complejidad del problema; en primer lugar, tenemos las dificultades técnicas y filosóficas, y en segundo lugar, la índole misma de la historia filosófica. Esta se compone, para Windelband, de tres elementos: historia interna de la Filosofía, historia de las ideas filosóficas en su relación con la concepción del mundo y cultura de su época e historia de los filósofos. El mismo aparato técnico filológico, utilizado con equilibrio, puede permitir rastrear un sentido para la historia de la Filosofía. Brentano, por ejemplo, confesaba que su doctrina de las cuatro fases no era teórica, sino que había nacido de la observación del desarrollo histórico; y el propio Gilson ha reconocido la agudeza de la observación de Brentano (7). Más ejemplos: el estudio de la Filosofía neoplatónica ha explicado muchos puntos del pensamiento medieval; las investigaciones sobre la Filosofía árabe-musulmana han aclarado problemas esenciales del pensamiento escolástico; el estudio profundo del pensamiento medieval ha hecho que no expliquemos la Filosofía moderna, en su origen y en su desarrollo. Para todo esto fué esencial el descubrimiento de Brentano de las variaciones del desarrollo del pensamiento y el abandono de la tesis del progreso continuo y absoluto. Pero, volvemos a recalcarlo, es preciso un esquema que evite el fraccionamiento y la desintegración.

Este esquema orgánico de la historia de la Filosofía debe girar en torno a su unidad central. La Filosofía es algo que le ha sucedido al hombre de un modo radical en su vida, de un modo tan profundo que ha categorizado para siempre esa vida en algo que designamos como historia, y que encierra, por tanto, como decía Dilthey, lo que antes fué vida. Esta vida, conservada en la historia, nos es esencial; nos damos cuenta del hecho de que lo que ahora somos estaba, en parte, condicionado por lo que antes fuimos; incluso para conocernos ahora y aquí a nosotros mismos nos importa conocer la historia; cuando se trata de resolver los problemas actuales no nos es indiferente saber cómo se condujeron otros hombres en situacio-

(6) Windelband: *Geschichte der Philosophie*, Friburgo, 1882, pág. 2.

(7) Cfr. Brentano: "Las cuatro fases de la Filosofía", edit. en el vol. *El porvenir de la Filosofía*, traducción española de X. Zubiri. Madrid, 1936, páginas 3-6. Gilson: "Franz Brentano's Interpretation of Mediaeval Philosophie", pub. en los *Mediaeval Studies*, vol. I, 1939, pág. 5 y sigs.

(5) Cfr. Santo Tomás de Aquino: *In Ethica*, I, lec. 11; *idem, ibid.*; *In III Anima*, I, lect. 2; *In Metaphysica*, II, lect. 1 y 2.

nes semejantes. Como decía Dilthey, "la melodía de nuestra vida está condicionada por las voces del pasado que le acompañan", como el eco de los sueños y las ilusiones del joven —fallidos o realizados— se descubren en las obras del hombre. La historia, pues, tiene un valor en cierto modo genético; el pasado nos sostiene, el presente germina la semilla del futuro. La historia de la Filosofía es —en este sentido y sólo en él— una actualización progresiva de sus posibilidades, mediante el uso de las potencialidades del hombre; este uso, distinto del simple *ejercicio*, presupone la reflexión, como ha señalado Zubiri (8).

La historia, por tanto, viene condicionada por las reflexiones, por los proyectos, que el hombre realiza y cumple. Y éstos los hace sobre las cosas que son sus recursos, sus instrumentos, sus posibilidades. Por esto hay esa estrecha conexión entre la naturaleza y la historia. Esta brota, en último instancia, de la naturaleza del hombre frente a la naturaleza de las cosas. El presente consiste en las posibilidades que se nos ofrecen y las que se realizan o pueden realizarse. El pasado condiciona estas posibilidades, aumentándolas o disminuyéndolas; nuestro pasado nos ha permitido entender ciertos problemas filosóficos, pero en cambio por él nos vemos privados de saber egiptología y fisiología. Así, el pasado está intencionadamente presente en la actualidad; su existencia es rigurosamente intencional. El futuro consiste en la serie de proyectos que podemos elaborar, y que dependen, en cierto modo, de las posibilidades actuales. Lo demás sería pura fantasía. Esta existencia del futuro en el presente es también intencional. Filosofía auténtica, por lo tanto,

no quiere decir filosofía acabada y definitiva; la historia confluye en ella, sucede dentro de ella; como nuestros estados afectivos, que crecen dentro de lo más íntimo del alma. El pensamiento lleva así el pasado como quintaesenciado sedimento, y el futuro inmediato como germen; pero en el sentido antes indicado, y no en otro. La historia brota del hombre y de las cosas; de la racionalidad del hombre y de la utilización de las posibilidades de las cosas. Y esta situación y aquel carácter del hombre, de las cosas y del mundo es obra de Dios. La historia de la Filosofía también nos lleva a Dios.

Este es el sentido íntimo que hay que dar a la historia de la Filosofía en la Universidad, incluso en su parte de simple iniciación, correspondiendo a los Estudios Comunes; lo demás es la τὸν ἀπο τῆς διαφωνίας τῶν δῶξῶν, la mera discrepancia de las opiniones, que ya exponían Enesidemo y Sexto Empírico. La historia de la Filosofía, junto con unos elementales temas propedéuticos, inicia en la Filosofía y da una información filosófica muy útil para quienes luego no van a seguir la licenciatura en esta sección. Su enseñanza obliga al uso, por el alumno, de uno o más textos —a ser posible elementales—, que completan la labor más especializada del catedrático. A la labor personal de éste queda confiada la selección y explicación de los temas propedéuticos y la explicación sistemática de la parte monográfica en cada curso, expuesta con todo rigor filosófico y filológico, y ambas labores deberían ser culminadas con el trabajo de seminario y la lectura y comentarios de textos esenciales de Filosofía. Pero sobre ello ya he tratado antes en estas mismas páginas (9).

(8) Cfr. Dilthey: *Gesammelte Schriften*, VII, página 250. Zubiri: "Grecia y la pervivencia del pasado filosófico", pub. en el vol. *N. H. D.*, 1.ª ed., 1944, páginas 380-407.

(9) Miguel Cruz Hernández: "El problema de la estructuración y método de la enseñanza de la Filosofía en la Universidad", *REVISTA DE EDUCACIÓN*, I, 2, 1962, pág. 107-112.